

A detailed stained glass illustration. In the center, a woman with long, flowing brown hair stands with her arms outstretched. She is surrounded by several cherubs (putti) who are holding garlands of red roses. The background is a dark, arched window with intricate leaded glass patterns. The overall style is reminiscent of traditional religious art but with a more modern, illustrative touch.

# LA TAULA ABIERTA

JOSÉ LUIS ALEMÁN

UNIVERSO  
LETRAS 

---

---

# 1

Judit Karlsson tardó más de dos meses en confesar a su mejor amiga, Elsa Lindgren, que estaba embarazada. No lo hizo para evitar algún tipo de reprimenda moralista, sino por la vergüenza que le daba confesar que no sabía quién era el padre. Ocurrió después de un concierto de Guns & Roses, tras una invitación a varios tequilas con sus correspondientes margaritas, o al revés; no lo tenía claro. Esa parte era como una nube, y esa nube había traído una tormenta bien cargada.

Se enteró enseguida, después de la primera falta, como si una alarma en su interior se hubiera activado; ni siquiera se habría tenido que hacer la prueba en la farmacia. Al final la realizó y corroboró sus sospechas. Pensó en abortar en el centro para la asistencia a mujeres de Malley-Prairie, pero había un problema importante: a Judit le encantaban los niños; eran su mayor pasión en el mundo y la llevaba ejerciendo profesionalmente desde que con catorce años se ofrecía como canguro a los matrimonios jóvenes pertenecientes a la iglesia de St. Nicholas.

Siempre pensó que algo así no debería llevarse nunca en soledad. Confesó el problema a su mejor amiga y entre las dos decidieron seguir adelante con lo que viniera.

---

Por casualidades de la vida, la suerte se la encontraron de frente casi al empezar a andar. Compartieron un anuncio en el periódico local; se anunciaban como niñeras internas, a tiempo parcial o completo, con amplia experiencia demostrable y dispuestas a trabajar cuidando incluso ancianos —aunque no tuviera nada que ver con niños—.

A la semana de haber colgado el anuncio, recibieron una llamada. Un colegio privado necesitaba dos niñeras internas para dos meses. El sueldo era magnífico y, sobre todo, era un trabajo alejado de sus familias y de las consabidas preguntas. Solo dos meses. El «después» lo repasarían cuando llegase el momento. El colegio les solicitó que mandaran sus currículums a un apartado de correos y, tres días más tarde, concretaron la entrevista.

Las chicas apenas llevaban diez minutos en una de las plazas reservadas para minusválidos del centro comercial de Malons-transka, el típico barrio de Berna puesto de moda a consecuencia de la afluencia de tiendas con las últimas marcas.

Elsa encendió otro cigarrillo, dejando marcado en el filtro un anillo rojo satinado de Pirate de Chanel. El lápiz labial le había costado casi cincuenta coronas. Sentía un vago remordimiento y pensaba que tiraba un dineral cada vez que se retocaba; y más cuando miraba de reojo el cenicero del coche lleno de colillas y se acordaba de una promesa que no sería capaz de cumplir jamás.

Judit se hallaba en el asiento del acompañante y revolvía la guantera por si aparecía alguna cinta de U2; por mucho que rebuscó, no tuvo suerte.

—Menuda porquería de música hay aquí —protestó mientras mostraba una cinta antigua de ABBA—. Mira lo que he encontrado. ¿Te lo puedes creer? ¿Aún queda gente que oye esta mierda?

—Mi madre, la tuya y casi dos millones de personas solo en Suecia. ¿Qué te crees?

---

—Vale, me rindo, es que estoy aburrida. ¿Falta mucho?

—Poco más de media hora. Es la tercera vez que me lo preguntas.

—¿Puedo poner música? —Se incorporó para presionar el botón *power* de una radio Blaupunkt. Unos números digitales en rojo se movieron como si corriese un cronómetro hasta dar con un dial de la FM.

—Buenas tardes a todos nuestros oyentes —anunció una voz metálica—. Son las cuatro y media de la tarde. Hoy es jueves, 12 de octubre de 1989. Para aquel que acabe de incorporarse a nuestra emisora, estás escuchando *Energy 22*, en la 106.3 FM. Ahora, con la canción *Batdance*, incluida en la banda sonora de la película *Batman*, que ha puesto a Prince de nuevo en la cima del éxito. ¡Bienvenidos a la batmanía! —concluyó el locutor, alargando con un eco musical las últimas sílabas. La música sonó y Judit subió el volumen.

—Me flipa esta canción. ¿Has visto la película?

—Dos veces. La última contigo.

—Es verdad. Ya no sé dónde tengo la cabeza.

—Seguro que en el copiloto de tu barriga. Aterriza ya de la nube y prepárate. Si se van a desplazar hasta aquí para hacernos una entrevista, es que tenemos más de la mitad ganada.

—¿En serio?

—Seguro; pero debemos ser prudentes. Todavía no me explico cómo se han tragado la mitad de las chorradas que pusiste en el currículum. Pero si eso ha colado, el resto será pan comido.

—No fue culpa mía. Tú dijiste que era vital poner que hablábamos tres idiomas.

—Sí, pero no chino —dijo sin poder aguantar una risotada—. Se han tenido que quedar de cuadros. ¿A quién se le ocurre?

—Era un buen aliciente. El chino lo hablan más de mil millones de personas.

---

—Sí, pero tú no eres una de ellas.

—Sé decir *ni hao, sayonara...*

—*Sayonara* es japonés, burra. —Rio de nuevo—. Mira, mejor tú no digas nada. Les diremos que fue un error ortográfico y querías decir que pronto vas a iniciar clases de chino.

—¿De veras? Como quieras, pero te apuesto a que no le han dado apenas importancia —dejó escapar un resoplido y miró a Elsa, suplicante—. ¿Salimos ya? Me agobia estar aquí encerrada.

—De acuerdo. No creo que pase nada por esperarlos dentro tomando un café.

—Les decimos que les hemos reservado los mejores asientos.

—Será mejor que me dejes hablar a mí.

Judit salió del coche al tiempo que Elsa apagaba la radio. Sacó de la guantera media cuartilla plastificada con el símbolo agrandado de una silla de ruedas y la colocó en el salpicadero. Ni ella ni nadie de su familia sufrían alguna minusvalía. La placa era un truco heredado de su exnovio, que lo usaba en ocasiones especiales para darse el gustazo de aparcar en las plazas más anchas y mejor situadas de los *parkings*.

Ni siquiera se detuvo a pensar si perjudicaba a alguien que sí fuese minusválido y necesitara la plaza. Ella se consideraba a sí misma incluida en esa franja de edad donde la sociedad se ve obligada a pasar por alto ciertos comportamientos inmaduros. Mirándolo con objetividad, ¿acaso no acompañaba a una mujer embarazada? Tenían derecho a aparcar en esas plazas. Asunto zanjado.

Llegaron a la base de las escaleras mecánicas señalizadas con un inmenso y descolorido menos uno. Cada una se colocó en un peldaño distinto. Las plataformas ascendieron hasta la planta cero. Los *pubs* y el resto de los restaurantes se ubicaban en el último piso. Mientras subían, se quedaron mirando como pánfilas las tiendas de zapatos y complementos que, de momento, se les presentaban

---

como un territorio inalcanzable. Se miraron sin decirse nada. Si después quedaba tiempo y no hubiesen cerrado, tal vez se acercarían a observar y, durante unos minutos, soñarían con otra vida; y se preguntarían la una a la otra qué cambiarían de la suya.

---



---

## 2

No conocían el local donde se habían citado, solo de referencia. Se encontraba al final del pasillo, frente a las escaleras mecánicas, junto a un abanico de ofertas gastronómicas repetidas en todos los lugares del mundo: comida americana, italiana, mexicana y oriental. El *pub* al que iban era muy distinto. En la puerta, un cartel inmenso con unos esquís cruzados en ambos extremos lo anunciaba: «Grindelwald». Era diferente pero atractivo, como si se mezclara en una batidora un bar irlandés y una tienda de *souvenirs* de los Alpes suizos.

Las chicas entraron y se tomaron un respiro para ver el local y asimilar la información que les venía encima. La decoración era igual que estar dentro de una casa-refugio en las montañas con suelos y paredes de madera; todo tenía el mismo concepto. Las ventanas interiores ofrecían un paisaje animado de bosques interminables nevados. En el techo destacaba una reproducción a escala con forma de navaja suiza Victorinox. Con sus múltiples accesorios abiertos, una hoja grande, una lima, un sacacorchos y un destornillador. En otra esquina, un peluche gigante de un perro san bernardo, con su típico barrilito de ron colgado del cuello. Y siempre el detalle de la omnipresente bandera de Suiza decorando

---

cada rincón, estampada en cada servilleta, cada vaso, cada cubierto; todo tenía el sello de la cruz blanca sobre fondo rojo.

Judit y Elsa buscaron mesa. Como aún era temprano, apenas había nadie; solo los cuatro omnipresentes asiduos de la barra. Eligieron la mejor situada, una en forma de cabina circular, amplia incluso para seis comensales. No sabían cuántas personas asistirían a la entrevista, pero confiaron en que no fuera una cantidad exagerada. El camarero las invitó a que tomaran asiento y les ofreció unas cartas plastificadas, lo que les dio un plus de seguridad para acomodarse al ambiente. Tenían sus buenas razones para estar nerviosas. Salvo el número de teléfono que les dieron cuando tomaron sus datos, no sabían nada de lo que les esperaba esa mañana, ni el nombre del colegio ni su ubicación; sabían que no sabían nada, y esa desventaja las hacía estar incómodas.

El camarero volvió con un bloc en la mano.

—¿Han decidido ya?

—Estamos esperando a alguien, pero yo tomaré un café con leche. ¿Y tú, Elsa?

—Para mí un capuchino.

—Muy bien, y... ¿algo de comer? ¿Un trozo de pastel, un cruasán?

—No, gracias. Esta es solo una parada rápida en boxes, pero... ¿le puedo pedir que me lo anime un poco? —Elsa le guiñó al camarero.

Él asintió entendiendo el mensaje y se alejó de la mesa.

—¿Vas a beber alcohol para la entrevista? —preguntó Judit.

—Solo quiero dar un poco de soltura a mis nervios. No hagas un drama de nada.

—Tú misma. Ya sabes lo tonta que te pones cuando bebes.

—Y eso me lo dice la que se quedó embarazada por tomar demasiados mojitos.

---

—*Touché!*—cedió Judit para no darle importancia a la indirecta—. Así se hará más corta la entrevista, o más divertida. En cualquiera de los casos, salimos ganando. ¡Ah!, y no fueron mojitos, sino margaritas. —Elsa se acercó y le hizo un gesto cariñoso en la cara como compensación por la salida de tono anterior.

Sonó el tintineo de la campanita de la puerta. Una mujer elegante, de unos cuarenta y cinco años, entró acompañada por un hombre más mayor pero más atractivo. Sin tener claro si eran las personas a las que esperaban, Elsa hizo un ademán de saludo con la mano. Los recién llegados se dirigieron hacia ellas.

—Hola, ¿eres Judit?, no, eres Elsa, me acuerdo de tu foto —se corrigió la mujer mientras le estrechaba la mano.

—Sí —contestó cohibida—. Ella es Judit.

—Encantada. Yo soy Amanda Palmer y él es Hans Burman, director del colegio.

—Un placer —replicó el hombre con voz seductora.

—¿Quiéren sentarse? —propuso Judit.

—Una idea perfecta. Llevamos casi dos horas de viaje y se agradece descansar las piernas —confesó Amanda intentando ser simpática.

—¿Han venido desde el colegio? No imaginábamos que estaría tan alejado...

—No exactamente —respondió Hans—. Está a ciento cincuenta kilómetros de aquí, cerca de Zúrich. Hemos aprovechado para llevar a cabo gestiones en el ayuntamiento, y son siempre agotadoras.

Elsa levantó la mano para llamar la atención de camarero.

—¿Les apetece tomar algo? —consultó Judit acercándoles los menús plastificados.

—Gracias, nos vendrá de maravilla, pero, ante todo, por favor, os propongo que nos tuteemos; no somos tan mayores, bueno,

---

ella sí —bromeó Hans mandando un dardo a su compañera, que le replicó con una mirada distraída.

—¿Qué desean tomar los señores? —dudó el camarero. Hans contempló a las chicas, invitando a que ellas eligieran primero.

—Nosotras ya hemos pedido. Recomiendo el capuchino que hacen aquí; tiene mucha fama.

—Probaré uno, gracias —aceptó Amanda.

—Para mí, un glögg.

El camarero se fue tras asentir en su petición.

—No solemos hacer las entrevistas así, en un *pub*, me refiero —empezó Hans con un marcado buen humor—; pero hoy íbamos a estar cerca de aquí, ultimando reuniones. Nos pareció perfecta vuestra idea de conoceros tomando un café en un refugio de montaña. —Las chicas sonrieron al tiempo que él se colocaba unas gafas de leer de cerca y prosiguió—. Vuestro currículum decía que tenáis disponibilidad inmediata. —Ambas asintieron al unísono—. Necesitaríamos ayuda cuanto antes —agregó cogiendo las gafas por la montura.

—¿Qué experiencia tenéis? Y ahora en serio, por favor —intervino Amanda.

—Llevamos casi nueve años trabajando con niños —se adelantó Judit. Sacó de su bolso unas cartas de recomendación de un jardín de infancia—. Elsa tiene un máster en Educación Infantil en Lausanne; y yo el título de monitora de ocio y tiempo libre. Las dos hemos aprobado las oposiciones a auxiliar de guardería, y tenemos unas diez mil horas de vuelo como canguros, hinchando niños y cuidando globos. Uy, perdón. —Se ruborizó mientras todos reían la metedura de pata.

—¿Y por qué no trabajáis?

—Nos turnamos en lista de espera —aclaró Elsa—. El problema es que no hay suficientes guarderías estatales para todas las

---

auxiliares. Estamos en una bolsa de trabajo del ayuntamiento y nos llaman de vez en cuando para sustituciones temporales.

El camarero apareció con la bandeja y dejó la nota con la cuenta, repartió los cafés y el vino caliente. Por último, sirvió un chorrito de *brandy* en la taza de Elsa, que correspondió al gesto con una mirada ruborizada al ser el centro de las demás.

—Es solo para entrar en calor —soltó. Una sonrisa de compli-  
cidad se dibujó en el rostro de Hans y no pasó desapercibida para  
Amanda.

—Sobre el trabajo, ¿en qué consiste exactamente? —terció  
Judit en auxilio de su amiga.

—Perdón, sí —retomó Hans algo más serio, tras tomar un  
primer sorbo de su vino caliente—. Nos toca presentarnos a no-  
sotros. Dirigimos un colegio privado en Dübendorf. Necesita-  
mos monitores en régimen interno para cuidar a los niños, hacer  
excursiones, juegos... Con el invierno casi encima, apenas pueden  
salir y estar distraídos con actividades los ayudaría a sobrellevar la  
sensación de aislamiento. Como tenéis conocimientos de peda-  
gogía, mucho mejor.

—¿De qué edades son los pequeños?

—Son catorce niños y once niñas entre los seis y los diez años.  
Al ser pocos, os podréis hacer bien con ellos. No es la edad más  
rebelde, pero sí la más gritona. —Las chicas sonrieron ante la  
explicación.

—La idea es estar allí hasta las vacaciones de Navidad, cuando  
los niños vuelven con sus padres —manifestó Amanda—. Si en  
ese tiempo os habéis adaptado, estáis cómodas con nosotros y os  
gusta el trabajo, decidimos si seguimos hasta finales de junio o  
incluso el curso siguiente entero.

—Seguro que sí —afanzó Elsa—. ¿Y cuándo comenzaríamos?

---

—Os podríamos recoger... —tanteó Hans mientras sacaba una agenda y consultaba las páginas—. ¿Pasado mañana por la tarde? En la entrada de este centro comercial, si os viene bien.

—Por nosotras perfecto —accedió Elsa al tiempo que miraba a su compañera.

—Estupendo —concluyó Amanda—. Respecto al sueldo, veréis que es muy superior al que se suele ofrecer. —Las chicas asintieron intrigadas—. Cuidamos muy bien de nuestros empleados. Somos como una pequeña familia y, siempre que os adaptéis a unas sencillas normas, nos llevaremos bien.

Ambas amigas se miraron sin saber muy bien cómo descifrar las últimas palabras.

—Amanda quiere decir que estamos en un lugar aislado —se apresuró a explicar Hans—. En el colegio no hay teléfono. Las líneas se estropeaban cada dos por tres y terminamos quitándolo. A veces, es estresante para los niños porque piden hablar con sus padres habitualmente. Lo único que podemos proporcionarles es una radio o el correo postal.

—¡Ay, pobres! —exclamó Judit con cara compungida sincera.

—Por eso necesitamos que nos apoyéis y les deis fuerza —remató Amanda.

—Desde luego —afirmó enérgica.

—No se preocupen por eso. Haremos que se lo pasen de maravilla. Podríamos incluso inventar un calendario de actividades —añadió Elsa mirando a Judit, que entendió la propuesta al instante.

—Buena idea. ¿Tienen material extraescolar en el colegio?

—¿De qué tipo?

—Pinturas para manos, cartulinas, pegamento de barra, plastilinas, rotuladores, temperas...

---

—No sabría decirte ahora mismo. Es mejor que nos hagáis una lista de lo que necesitaríais para estos meses y lo compramos cuando vengamos a buscaros.

—Genial.

—¿Algo más? ¿Tenéis alguna pregunta?

Antes de que alguna pudiera tomar la palabra, Amanda se apresuró a cortar la conversación.

—Querido, creo que es hora de volver al colegio. Es tarde.

—Lanzó una mirada nada sutil a Elsa para que se diera cuenta de que ese «querido», más que un apelativo cariñoso, era un indicativo de «objeto de mi propiedad. Prohibido acercarse a las demás zorras».

Hans leyó la cuenta que debían y, mientras hurgaba en su chaqueta para sacar la cartera, Elsa se adelantó y le impidió terminar su acción tocándole la otra mano.

—Este primer encuentro es cosa nuestra.

—Muy amables —apuntó Amanda a la vez que se levantaba y tiraba del brazo de Hans para obligarlo a romper una mirada que se alargaba demasiado.

—Lo dicho. El sábado sobre las cuatro y media en la puerta principal. Cualquiera duda la apuntáis y nos la decís entonces. Y, por favor, tutearnos; es un requisito contractual —formuló él, consiguiendo una sonrisa de las chicas—. Muchas gracias por haber venido.

—Gracias a vosotros —dijo Judit al tiempo que intuía cierto malestar en Amanda al estrecharle la mano a Elsa.

Se quedaron de pie hasta verlos salir del establecimiento y luego se sentaron.

—Tú primero —pidió Elsa.

—No, tú —continuó Judit el juego que siempre repetían cuando iban a cotillar.

---

—Por partes. Hay cosas que me gustan y otras que me mosquean.

—¿A qué te referes?

—Noto algo raro; llámalo intuición si quieres. Pagan bien, eso está claro, pero no nos piden nada de nuestros datos para la seguridad social ni nos proponen el tipo de contrato que tienen pensado. Si es que lo tienen pensado, claro.

—A lo mejor es solo durante estos meses de prueba, y luego nos lo hacen.

—Es ilegal no firmar un contrato, ni siquiera en el tiempo de prueba. Por otro lado, dirigen un colegio y se han quedado con la boca abierta cuando les dijimos el material necesario para las actividades, como si les sonara a chino.

—Yo también me he percatado.

—Si no fuera por el dinero que ofrecen y porque es muy poco tiempo, yo me lo pensaba. ¿Y a ti qué te ha parecido?

—Creo que ha sido la entrevista más surrealista del mundo. Para empezar, nos han preguntado cosas tontas, como la vida laboral, pero ni han mencionado mi extensa experiencia con la lengua china. —Elsa se atragantó al echarse a reír por la ocurrencia—. Y ese flirteo que os traéis Hans y tú. Amanda se subía por las paredes, ¿la has visto?

—Pero yo no he hecho nada.

—Cielo, tampoco es que hayas disimulado cuando lo has cogido de la mano para que no pagase.

—¿¿Eso te ha parecido descaró?!

—Descaro no, me ha parecido el calentamiento global —manifestó Judit volviendo a sacar una carcajada de su amiga.

—Es que no me puedo reprimir con los tíos que están tan buenos, y así, maduritos, sofisticados, como Richard Gere —expuso mordiéndose el labio inferior.

—A ti se te ha subido el *brandy* a la cabeza.



---

—Mientras solo sea eso —bromeó provocando esta vez una carcajada en las dos.

—No diremos lo de mi embarazo, ¿verdad? —preguntó Judit, comedida.

—No, cielo. Esa es una carta muy alta para sacarla ahora. Esperamos a que llegue Navidad y luego lo pensamos. —Judit asintió como si fuera una niña escuchando un consejo materno.

—Voy un momento al baño.

—Adelante, meona.

Elsa sabía que Judit se preocupaba con ese tema. Necesitaba el dinero y lo que ofrecían superaba con margen los seis meses de trabajo en cualquier McDonald's de mierda. Estaba dentro del margen de plazos que habían previsto en el plan y era una oportunidad única para mejorar su currículum. Lo decidió en pocos segundos. Cuando Judit retornara del baño, le diría que sí, más por su amiga que por ella; si fuera por ella, a lo mejor se atragantaba con un solomillo que... ¡Fuera! Ordenó a su mente calenturienta que no le mandara imágenes innecesarias. Se prometió no pensar más en ello, pero, aunque ya sabía lo mal que mentía, haría lo posible por intentarlo.

Judit regresó del baño, pero no se sentó. Elsa había sacado veinte francos y los había dejado en el platillo de la cuenta. Tras hacerle una señal al camarero, se dirigieron a la salida. Al salir, ninguna se percató de un alarmante anuncio pegado en el cristal de la puerta del local que mostraba la foto de un niño negro. Abajo se leía su nombre, su edad y una leyenda aún más inquietante.



# MISSING



# LOST CHILD SIMON MARINOFF

**Missing Since Friday May 25th, 1989. Last seen 8 a.m., at Prince St. & West B'way.**

**DESCRIPTION:**

**Date of Birth: October 9, 1978 Male, Black, 11 yrs.  
Height: 40 Inches Weight: 50 lbs.  
Black Hair, Black Eyes, Wearing Black Pilot Type Cap,  
Blue Corduroy Jacket, Blue Pants, Blue Sneakers with  
Fluorescent Stripes; Carrying Blue Cloth Bag with  
Elephants Imprinted.**

**Persons Having Any Information Are Requested To Call**

**(212) 374-6913**



---

## 3

Alma Loboso sostuvo en su regazo la foto original de su hijo Simon. Era la instantánea que, tras innumerables horas de súplicas por parte de su marido y haber revisado más de trescientas instantáneas, había cedido para preparar los carteles de búsqueda. Como siempre que la miraba, no pudo reprimir emocionarse y se limpió los ojos con los dedos, dejando un *collage* de maquillaje debajo de los párpados. Entró al aseo a retocarse la cara. Mientras tanto, una reunión de testosterona y pistolas sobaqueras se había congregado en el salón del ala este. ¿El motivo? Una pista nueva, una de tantas, que se presentaba sin el menor resquicio de fraude.

Al tiempo que se deshacía de las lágrimas negras, se cuestionó: «¿Y acaso no se anuncian así las demás?».

Semanalmente, llegaban cientos de cartas falsas de extorsionadores, muertos de hambre y demás vampiros de la oportunidad. Ver cómo se creaba un mercado de parásitos a su costa era lo que la enervaba, más todavía que el hecho de vivir y sufrir el secuestro de su único hijo.

Salió del baño. Como cada vez que creían tener noticias nuevas, le bajaba la tensión hasta el punto de derrumbarse. Por suerte, llegó Robinson con un salvavidas. El mayordomo mexi-

---

cano, que apenas había cumplido la mayoría de edad, se acercó a ella y le ofreció una distracción, una copa de Martini Vesper. Le encantaba, no solo por su sabor, también por la mitomanía que llevaba detrás. Era el mismo cóctel, agitado, no revuelto, que pedía siempre el agente James Bond en sus películas. Alma le agradeció el detalle al joven, que, sin pensarlo dos veces, se habría puesto en lugar de su hijo si ella se lo hubiera pedido. No era el momento ideal y prefirió posponer la copa para cuando hubiera algo que celebrar.

Atravesó la antesala que unía el pasillo con el salón donde se debatía el siguiente movimiento en torno a la novedad del caso: una cinta VHS.

En la reunión había once hombres. Alma solo conocía a ocho. Salvo su marido, Vladislav Marinoff, y el abogado de la familia, el resto era personal de seguridad, gorilas de gimnasio con alguna aspiración a ser guardaespaldas de día y estríperes de noche. Esos estaban de pie, protegiendo a los jarrones. Sin querer, se la escapó una sonrisa maliciosa, la primera en casi seis semanas.

El abogado de la familia, William Thurston, estaba imbuido en una especie de lectura automática con las referencias de los tres personajes que faltaban del recuento. Nadie podía imaginar que, después de tantos vendedores de humo, a quienes Alma en su imaginación solo otorgaba un número consecutivo, como los de las máquinas expendedoras de las carnicerías, iba a aparecer alguien con un regalo de esperanza.

Pero así fue.

Los tres hombres eran distintos al resto. Alma se dio cuenta de que eran profesionales y con experiencia en conflictos ajenos al devenir del resto de los humanos. No como los matones de su marido, cuyas hazañas se hallaban fuera de la relación de actividades inteligentes. Le sorprendió que no pidieran dinero alguno por ofrecer su ayuda. Llevaron algo tangible, no una prueba del